

FRAG- MEN- TOS

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera.
G.G.G.

Todos se van

//Wendy Guerra

Soy una niña, soy una mujer, también un demonio que recita versos incomprensibles y pinta muy mal. Mi cuarto es un refugio de juguetes y lienzos. Una vida adulta ahogada en fragmentos de juegos infantiles.



Niños y adultos

//José Emilio Pacheco

A los diez años creía
que la tierra era de los adultos.
Podían hacer el amor, fumar,
beber a su antojo,
ir a donde quisieran.
Sobre todo, aplastarnos con su poder indomable.
Ahora sé por larga experiencia el lugar común:
en realidad no hay adultos,
sólo niños envejecidos.
Quieren lo que no tienen:
el juguete del otro.
Sienten miedo de todo.
Obedecen siempre a alguien.
No disponen de su existencia.
Lloran por cualquier cosa.
Pero no son valientes como lo fueron a los diez años:
lo hacen de noche y en silencio y a solas.



El hombre hembra

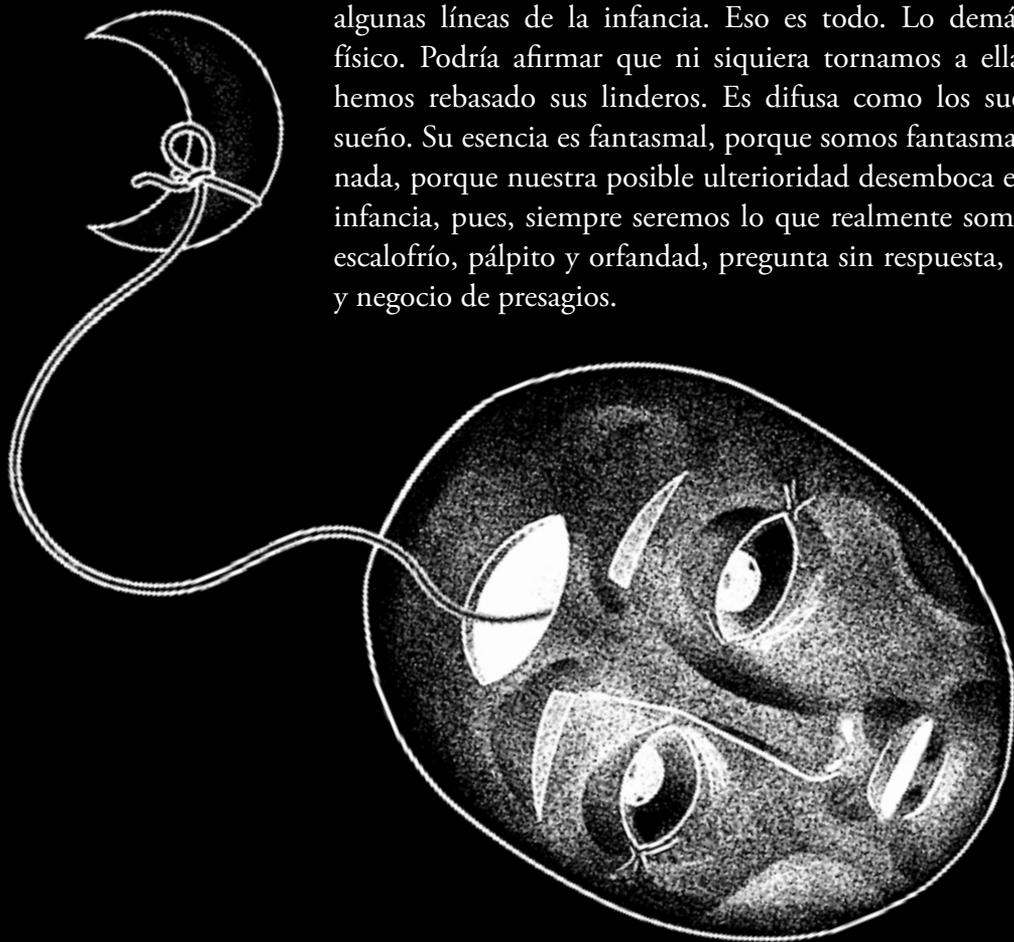
//Joanna Russ

A los tres años y medio, mezclé nata y cubos de hielo sobre el alfeizar de la ventana para ver si se convertían en un helado; copié las palabras «fría» y «caliente» de los grifos. A los cuatro, me senté sobre un disco para ver si se rompía al aplicársele una presión uniforme por ambas caras... se rompió; en el jardín de la infancia les enseñaba juegos a todos y los manejaba como quería; a los seis, le pegué a un niño que me cogió un caramelo del bolsillo del abrigo; tenía una buena opinión de mí misma.

Palabras sobre un oficio

//Héctor Rojas Herazo

No somos, pues, otra cosa que infancia apelmazada. No crecemos. Crecer es una simple ilusión. Agigantamos, o pretendemos agigantar, algunas líneas de la infancia. Eso es todo. Lo demás es puramente físico. Podría afirmar que ni siquiera tornamos a ella porque nunca hemos rebasado sus linderos. Es difusa como los sueños, porque es sueño. Su esencia es fantasmal, porque somos fantasmas. Está hecha de nada, porque nuestra posible ulterioridad desemboca en la nada. En la infancia, pues, siempre seremos lo que realmente somos: ignorancia y escalofrío, palpito y orfandad, pregunta sin respuesta, asunto de duelo y negocio de presagios.



Las poseídas

//Betina González

La arrogancia de la huérfana, que las monjas habían recogido de bebé, casi ahogada en una bolsa de arpillera, dejó muda de furia a la directora. Era claro que la niña ya había comerciado con la sombra. Estaba perdida. «Aun la primera edad de la infancia no está libre de pecados».